

# Humanidades

## El Más Allá

José María Rodríguez Tejerina

Nuestra profesión de médicos nos obliga, en más ocasiones tal vez que a otros mortales, a tropezarnos con la realidad inexorable de la muerte. Nos estremece, de continuo, la presencia helada de ese gran paso, la finitud del rito de la vida.

Hace pocos años, apenas treinta, que se pretende demostrar, científicamente, la realidad de una existencia ultraterrena. Certeza que, hasta hoy, era dogmático imperativo de la fe. Explica Martin Heidegger que «existir es estar en el tiempo para llegar a ser». Primero se existe, luego se es. Solamente al morir alcanzamos el verdadero yo. La muerte, pues, sería nuestro triunfo personal.

Según el doctor Raymond Moddy las personas que retornan a la vida, después de haberse asomado a las fronteras de la muerte, sienten dolor, disgusto, tristeza, por haber sido devueltos a las miserias de su cuerpo. Tan felices se hallaban en el Más Allá.

Es indiscutible que debemos procurar rodear a los que van a morir de un ambiente apacible, de cariño, de dulzura. La doctora Elisabeth Kübler-Ross ha escrito unos libros acerca de la atención espiritual que precisan los moribundos. Hay que tratarlos con una gran dosis de comprensión, de humanidad. Hay que estar con ellos, no irse de su lado. Cogerles de la mano. Transmitirles, en sus últimos momentos, nuestros sentimientos de amor, amistad, afecto, como pensaba el atormentado Unamuno, cuando escribía que el Cielo y el Infierno están en los postreros suspiros de nuestro paso por el mundo.

Thérèse Schroeder-Sheker cuenta que, después de sus estudios de música, trabajaba a media jornada en un asilo de ancianos. Observó que aquellas vidas, sin

sentido ya, faltas de cuidados, padecían unas agonías muy dolorosas. Un sacerdote católico le recomendó consiguiera, en torno a los agonizantes, un ambiente silencioso, protector, sereno. Thérèse hizo mucho más. Un pobre viejo luchaba aterrizado contra la muerte. No conseguía respirar. No llegaba aire suficiente a sus gastados pulmones. La doctora se subió a la cama del moribundo, se situó detrás de él. Abrió sus piernas, atrajo al anciano hacia ella. Sostuvo aquel cuerpo derrotado y frágil contra su vientre. Le cobijó con sus brazos. Y le cantó al oído entrañables melodías con voz muy queda; inolvidables canciones antiguas. El viejo comenzó enseguida a respirar con regularidad. Y se murió, poco a poco, dulcemente. La muerte es inevitable. Todo muere: los astros, los continentes, las montañas, los árboles. También el mar, lloraba Neruda. «La muerte es una vulgaridad», afirma, displicente, Camilo José Cela, quien se burla de ella, «pero no de la manera de morir».

Todo muere. Se transforma. Resucita de alguna manera. El ciclo del carbono. Y todos nos reencarnamos sin tener que recurrir a esotéricas hipótesis budistas, hindúes, espiritistas, atestigua recientemente el padre Antonio Oliver, C.R. Nos reencarnamos en nosotros mismos. Hemos pasado, cada uno, a lo largo de la vida, por diversas muertes. La del niño jugueteón que fuimos a los siete años. La del adolescente de dieciséis, anhelante de promesas metafísicas. La del joven de veintitrés, recién abierto al amor.

Termina, implacablemente, el rito de la vida. Y, comienza otra existencia, distinta, como nos enseña Pablo (o Saulo), en los Evangelios. San Pablo, el apóstol tardío que no conoció personalmente al Cristo, mas que tanto creyó en su mensaje divino.

Sería hipócrita silenciar las doctrinas que se apartan de las creencias religiosas. Don Severo Ochoa de Albornoz, Premio Nobel, académico de honor de esta Academia, proclama siempre su pesimismo existencial. La vida sería, simplemente, una sucesión de fenómenos físicos y químicos. Camilo

José Cela Trulock se lamenta, con los poetas griegos; el dolor de vivir no tiene consuelo; no nacer es lo mejor. Y, si no, morir cuanto antes. Afirma Séneca: la manera idónea de morir es morir voluntariamente. Más ventajoso es morir que vivir, asegura Solón. El desconsuelo del existir. Que, únicamente, podría superarse con los goces sensuales y, sobre todo, con el trabajo. Como pretende Hesiodo y su filosofía fáustica: «En las tinieblas de la vida sólo brilla la estrella del quehacer intenso». En estas expresiones, materialistas, agnósticas, late, sin embargo, más o menos soterradamente, la esperanza de que la muerte sea el gran paso que nos conduce a una dimensión anímica diferente. El Purgatorio, para Catalina de Génova, es un estado en el que se dan, por partes iguales, la tristeza y la alegría. Paulatinamente

las almas se alegran, se purifican. Llegan, al fin, a la divinización.

Por súbita, imprevisible, que sea la muerte, es un dormir esperanzado. Unamuno suplicaba le llegara de noche, «cuando todo duerme». Sosegadamente. Miguel Hernández, joven y rebelde, temía que la muerte, «tan sencilla», no supiera «andar despacio». Y le acuchillara, «turbiamente». Murió abandonado, solo, con los ojos muy abiertos.

El epitafio grabado en la tumba de don Miguel de Unamuno y Jugo, reza así:

*Méteme, Padre Eterno en tu pecho,  
misterioso hogar,  
dormiré allí,  
pues vengo deshecho  
del duro bregar.*

Siempre la angustia. Y la esperanza del «desnacer».